¡Infeliz pueblo; le hicieron olvidar que sólo ante la fe somos iguales, que sólo en Cristo somos hermanos!

Le han quitado su religión, bálsamo que curaba sus heridas; le apagaron su fe, sostén de sus debilidades; por esto, cuando siente sus fuerzas agotadas por el duro trabajo, cuando ve que el sudor de su frente es la lluvia que fecunda las arcas del opulento, cuando advierte que es víctima del desprecio y hasta del odio de los que ocupan un peldaño más alto de la escala social, siente estallar en su seno un volcán de ira cuyas lavas rencorosas y vengativas lo arrastran á los excesos más horrorosos. Se vale de la fuerza bruta para vencer la fuerza moral, y ahí teneis á los antes tan honrados y laboriosos grupos de obreros convertidos en hordas espantosas de anarquistas, socialistas, y comunistas, que como ignoran que de los pobres y mansos es el reino de los cielos, van sedientos de sangre y oro, infundiendo terror por todas partes y segando cabezas de ricos y poderosos.

Pero donde más resaltan los estragos de la escuela atea es en los hospitales y prisiones: en aquéllos está la multitud de horripilantes víctimas que diariamente amontonan á los bordes del sepulcro las bajas pasiones, la enajenación mental y el puñal homicida. ¡Vedlos cómo esperan la muerte! Unos con ansia loca, otros con sumo espanto, y los más con desesperación y mortales dudas, porque les falta la moral cristiana, único consuelo en los grandes infortunios.

Cuadro no menos repugnante ofrece una cárcel:

allí se ha reunido lo más excecrable de la humanidad, corazones carcomidos por el crimen, como ni creen ni esperan, es imposible que corrijan sus vicios con los grillos y el calabozo, antes bien, de aquella compañía de perdidos, unos salen más audaces y astutos, pero no menos malos, otros sin corregirse mueren en el cadalso, y los restantes deben quedar clamando contra el Estado: «si te esforzaste en pervertirnos, ¿por qué hoy que somos perversos nos castigas?»

Tenía proyectado, señores, transcribir aquí unos datos estadísticos muy curiosos, que manifiestan con hechos, cómo la instrucción laica es el termómetro que marca con su ascenso y descenso la mayor ó menor desmoralización de los pueblos; pero el temor de ser muy difuso me hace callarlos, y sólo diré, que, si queréis conocer el semillero de los graves males que brevemente hemos considerado, visitéis un plantel de enseñanza atea: observadlo todo. ¡Cuantos mapas geográficos, de Historia Natural, de pesos y medidas, figuras humanas desnudas, y qué sé yo!; pero no encontraréis las imagenes del Cristo y de la Virgen, polar estrella de los niños en sus borrascas escolares: en su lugar está el retrato de un *heroe* con limbo y laureles, y más arriba una águila que, con sus alas tendidas, no parece simbolizar la libertad, sino querer huir espantada por el culto idolátrico que allí se le tributa. Pero este arreo no es más que el signo del carácter moral del establecimiento: Entre cantos y bailes y contorsiones gimnásticos, se les enseña á los niños muy poco de muchas cosas, y nada, absolutamente nada de religión: con

lo cual salen del capullo esas mariposas levísimas incapaces de fijarse en nada útil, muy pagadas de su libertad y soñando en sus derechos; pero ignorantes de sus deberes y más ignorantes aún de la sumisión que deben al Criador y á los superiores.

Sin conocimiento de Dios, ni del orden sobrenatural, que los conforte en los agrios trances de la vida, se lanzan al colegio ateo para empeorarse, ó al seno de la sociedad para corromperla con el virus que acaudalaron en la escuela; porque esos niños van á ser naturalmente unos impíos, sea cual fuere la clase social á que pertenezcan, de la aristocracia, de la media ó de la plebeya, pero unos impíos.

Por supuesto, señores, que no esperéis que todos se presenten como tales, al menos entre nosotros: no, muy al contrario. Tal cual de ellos con su ligero barniz de urbanidad sabrá paliar sus errores. A primera vista es un joven atento, de finas maneras, laborioso, amador del orden, sin vicios.... en una palabra, un tipo acabado de la honradez; aun hay quienes digan de él: «se educó en el ateísmo y quedó inmaculado». ¡Irreflexos! ¿No oís sus palabras?, ¿no véis su conducta? Se permite dudar los dogmas, ó interpretarlos del modo que pugnen menos con su criterio práctico; la religión le es despreciable ó indiferente; y si alguna conveniencia social lo lleva á la iglesia, va tan campante como al teatro ó al club. ¡Magnífica hechura del laisismo! Este joven va á servir á su causa mejor que los exaltados del gorro frigio.

¡Cuán diversa de la atea es la enseñanza religiosa! Oíd, señores, su origen:

Cuando Dios por su Verbo desplegó los cielos y la tierra, imprimió en ellos sus huellas, y en cada huella un remedo de sus divinos atributos: la luz semeja su hermosura, el espacio su inmensidad, las estrellas su excelsitud, el fuego su actividad, el huracán y el rayo su furor; los frutos pregonan su providencia, la fuerza de los elementos su poder, los pequeños insectos su sabiduría, el trino de los pájaros su amor y la fragancia de las húmedas rosas su ternura, *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manum ejus annuntiat firmamentum.*

Manifestado así el Verbo en el gran libro de la naturaleza, sólo falta que lo lea el hombre para quien fué escrito. Y en efecto, Adan radiante de luz infusa todo lo entiende, y además recibe de su Autor la misión de decifrarlo á sus hijos; pero apenas gustó su sabiduría cuando un negro velo cegó sus ojos; los signos del libro se volvieron enigmas, y el hombre ignorante se echó á andar por extraviadas sendas. Esto no impidió que en todo el período patriarcal, llenase su inspirado oficio de maestro, á la entrada de su tienda, ó á la sombra de un árbol. ¡Con todo, la humanidad seguía ignorante!.....

.....

El Verbo se manifiesta segunda vez; pero ya no habla por las criaturas, sino que Él mismo se viste de carne y aparece entre los hombres; les descubre sin rodeos su eterno principio y su amoroso designio de enseñar á los mortales; afirma que es el único Maestro, que es la Verdad, que el que le sigue no anda en tinieblas; y cuando se torna al Padre, confía el supremo magisterio á la Iglesia

su amada esposa. ¡Oh justo y nobilísimo origen de la enseñanza cristiana!

A nadie sino al Autor del mundo compete iluminar y dirigir en el estudio del mismo mundo, y sólo por los caminos que Él marcare, se puede avanzar mucho, y con positivo progreso.

Efectivamente, la ciencia católica en alas de la razón y guiada por la fe, no reconoce más límite que el del misterio. Visita y explica todos los secretos del universo: á manera de abeja laboriosa recoge los adelantos del día, les quita la corteza materialista ó racionalista que los envuelve y les da un ensanche muy más amplio de lo que hubieran deseado sus autores. Acepta por ejemplo, la nebulosa de Laplace, el éter de los modernos, las largas épocas de los geólogos y las coordina sabiamente con el *creavit coelum et terram* del Génesis y con los seis días de la creación. Lo único que rechaza es la impiedad por injusta é ignorante.

Esta ciencia, no inconsecuente como la atea, jamás funda sus conclusiones en absurdos; ni vuelve las armas de sus inventos contra la revelación; antes bien, sabedora de que la verdad no se opone á la verdad, busca siempre el modo de conciliar el relato bíblico con los descubrimientos científicos y arqueológicos, la filosofía con la teología, los frutos de la razón con el testimonio de la fe; puesto que todas estas cosas son á la vez manifestaciones de la misma Verdad que no puede contradecirse. En su historia nos ofrece un colosal espejo que retrata con rara fidelidad los hechos como han sucedido, pudiendo en él, desde sus respectivos observatorios, estudiar y aprender en los ejemplos

pasados, el diplomático, el político, el científico, y los demás analizadores del espíritu y de las evoluciones de las cosas humanas.

Mas ¿para qué seguir discurriendo por todos los ramos de la escuela católica para verla siempre verdadera, siempre reportadora de grandísimos bienes, si todos nosotros estamos sintiendo su provechosa influencia?; ¿á qué debemos, si no, el valor con que apuramos el cáliz acaso muy amargo de la vida, sin ocurrirnos siquiera la idea de buscar el mentido alivio de la tumba, como lo hace el cobarde que se suicida?, ¿por qué llevamos alegres el yugo de un deber que las más veces pudiéramos sacudir impunemente?, ¿dónde aprendimos el respeto al derecho ajeno, el amor al orden civil y doméstico, la sumisión á los poderes legítimos del talento y de la fuerza?..... ¿dónde, señores? Preguntadlo á vuestra conciencia, y ella os dirá: allí donde aprendisteis que el alma es inmortal, que el hombre no se pertenece á sí propio, que la libertad no es el libertinaje, que toda autoridad viene de Dios, así también como toda ciencia. Esto al menos me dice una voz íntima, y también me dice que sin estas doctrinas yo sería un malvado, porque tengo en mi propia miseria tamaños para serlo. No se de vosotros qué sintáis.

Si pasásemos ahora de nuestra propia observación á la de todo el mundo, fácil sería evidenciar conforme al veredicto de la historia, que los grandes acontecimientos, las crisis regeneradoras, políticas y científicas se han efectuado bajo la influencia de la enseñanza católica, la cual puede compararse á un rico venero de bienhechoras

aguas que brotando de Dios, se depositan en la Iglesia, y luego se difunden por la faz renovada de la tierra, fecundando y reverdeciendo todo cuanto riegan; pero no, únicamente y con harta brevedad contemplaré la inmutabilidad asombrosa de esta enseñanza, cualidad, que en nuestros días contrasta singularmente con la elástica movilidad de su indigna rival la enseñanza atea. A proporción que ésta, so capa de ir con los adelantos del siglo, acepta innumerables teorías reñidas todas con la verdad revelada, aquélla, sin estimar su falso brillo las rechaza, las rebate, las confunde y, sostenida de lo alto, sigue dando pasos muy firmes y agigantados con admiración de los verdaderos sabios. La enseñanza atea multiplica el estudio de las ciencias naturales y los combina sin cesar de modos varios, dando á los programas de sus escuelas el aspecto de un pueril caleidoscopio en que con unas cuantas piedrecillas ofrece á la vista hermosas figuras, figuras que en la práctica son nulidades y desengaños científicos. La católica por el contrario, mentora fiel de la juventud, la aplica de preferencia á los estudios que mejor cuadran con su índole, proponiéndose con ello formar en los colegios, no eruditos campanudos, sino jóvenes habituados al estudio.

El Sr. Ortí y Lara, bien empapado en la conveniencia de este método opina que «La mira principal de un colegio católico debe ser restaurar lo que la revolución ha destruido en este ramo, es á saber, la educación piadosa de la juventud, el conocimiento de la lengua latina y el estudio de la filosofía cristiana». Finalmente, la atea, ocultando

sus avanzados fines, se presenta á menudo ante el pueblo católico disfrazada de cierto modo para no espantarlo, ofreciendo con una mano fingido apoyo á la juventud y empuñando en la otra la genuina expresión de su carácter hipócrita, un estandarte que si bien lleva escrito en su faz visible: « Instruir para educar », en su reverso se lee: «Nuestro fin último es el de Voltaire y de la Revolución Francesa: *El anonadamiento eterno del Catolicismo, y hasta de la idea cristiana*». ¡Declaración terrible de la venta suprema del Carbonarismo! No así la enseñanza católica que llena de dignísima entereza, ni avanza temeraria, ni retrocede cobarde, ni encubre sus fines: sabedora de la legitimidad de su origen y del sagrado derecho que la asiste, se mantiene en su puesto, sin ceder un sólo palmo de su campo al error, y cuando éste exasperado con la resistencia que encuentra, se lo invade por la fuerza bruta, aquélla más y más denodada, ya que no puede librar de la ruina á los individuos, salva al menos íntegros los principios, precioso depósito que le está confiado.

Hoy más que nunca, son heroicos los esfuerzos de la escuela católica, porque hoy más que nunca es poderoso el elemento contrario.

En épocas anteriores los soldados de nuestra bandera, al batirse abrigaban la certeza de que volvían sus armas contra enemigos declarados; mas al presente no es raro ver en las opuestas filas, que nos asestan tiros los mismos que ayer nos estrecharon con amigable abrazo, porque creen ó fingen creer que rinden tributo á Dios, matando la enseñanza católica.